

## CAPÍTULO X

## ENTRE DOS FUEGOS

Pocas horas después de la feliz llegada de Cornelio Lantejas á Huajapam, cuando las tinieblas cubrían aún á la ciudad y al campo realista, el rechinar de las carracas que habían reemplazado las campanas convertidas en cañones, llamaba á la guarnición y á los habitantes á la oración matinal.

Según las reglas conventuales impuestas á los sitiados por Trujano, así era cómo se les convocaba diariamente para la oración de la madrugada. Aquella vez, sin embargo, la reunión tenía también por objeto disponerlos para la solemne batalla que iba á decidir el desenlace de un sitio tan largo como cruel.

En aquellos instantes el campo español despertaba al ruido de la diana; y tras la cadena de colinas que limitaba la planicie, Morelos ponía su ejército en movimiento.

Poco á poco la plaza de Huajapam se llenó de ciudadanos y de soldados silenciosos armados para la lucha, que iban á pedir á la oración, la fuerza y la energía de que tenían necesidad. Los jinetes tiraban de las riendas á sus caballos ensillados; y se alineaban como sombras en el orden acostumbrado.

Trujano apareció á su vez grave y sonriente al mismo

tiempo, con la fe en el corazón y en los labios. El religioso insurgente estaba armado, según su costumbre, de su enorme espada de dos filos, con tanta frecuencia experimentada por su mano.

A su lado caminaba el capitán don Cornelio Lantejas como edecán momentáneo del coronel; y tras ellos, un soldado conducía dos caballos listos para montarse, uno para Trujano y el otro para el capitán.

Sobre la silla del caballo del ex-estudiante de Teología, se balanceaba una larga lanza atada á la trasera y en la manzana.

Don Cornelio se habría puesto en aprieto al decir por qué se armaba de semejante modo. El caballo que se le había destinado, había sido enjaezado de aquella manera; y tomaba pasivamente la lanza, como se le conducía al combate; es decir: porque no podía hacer otra cosa.

La oración no podía prolongarse mucho tiempo, pues ya el cielo comenzaba á entreabrirse por oriente y no tardaría el alba en esparcir sus primeros rayos de luz.

El coronel Trujano se hallaba profundamente versado en el conocimiento de las santas Escrituras; y los libros de la Iglesia, que no le eran menos familiares, se hallaban, por decirlo así, grabados en su memoria. La consultó; y con voz cuyas menores entonaciones llegaron á la vez al corazón y á los oídos de todos los asistentes, hasta los más alejados, recitó el versículo siguiente que las circunstancias hacían más solemne:

« El pueblo que camina en las tinieblas ha visto una gran luz. El día se ha hecho para los que habitan la región de las sombras y de la muerte.

« Señor, Vos habéis bendito vuestra tierra; Vos habéis libertado á Jacob del cautiverio. ¡Gloria al Altísimo!»

Y mil bocas repitieron: « ¡Gloria al Altísimo!» Poco á poco desaparecían las sombras transparentes del crepúsculo; y por encima de aquellas cabezas piadosamente inclinadas, algunas nubes dispersas, teñidas tenuemente de púrpura, anunciaban ya la salida del sol.

Según la resolución tomada la víspera por el consejo de guerra, el último asalto debía verificarse hasta después de la comida del medio día. Así pues, nada se preparaba aún en el campo realista; y el doble ataque de Morelos y de Trujano amenazaba estallar como un rayo.

El campo se hallaba dividido en tres partes bien distintas, digamos mejor en tres campos. El primero, el del comandante Régules, era el más próximo á la ciudad sitiada; el segundo bajo las órdenes inmediatas de Bonavía, ocupaba el centro; y el tercero, en fin, mandado por Caldelas, estaba á retaguardia.

Dada esa situación, Trujano al ejecutar su salida, debía dirigir sus primeros esfuerzos contra Régules; y Morelos debía atacar la retaguardia mandada por Caldelas. Bonavía, que se hallaba en el centro, debía apoyar á aquel de sus colegas que tuviese mayor necesidad.

Don Rafael tenía su tienda en el campo de Caldelas; había dormido poco aquella noche.

En vano en tiempo de borrasca, la cortina de espesos vapores que cubre el cielo, deja ver al entreabrirse por un momento, un jirón casi impenetrable de azur: bien pronto las nubes se acumulan, se cierran y el azur desaparece.

Así fué aquel débil rayo de esperanza que por un instante brilló ante los ojos del coronel; su sombría tristeza recobró su imperio y aquel rayo de esperanza se desvaneció.

El hombre que ama con pasión, lo mismo que el que ama mediocrementemente, son uno y otro inhábiles para apreciar las pruebas del amor que inspiran. La pasión ofusca el juicio y turba la vista del uno; la indiferencia torna al otro inatento y distraído y todo pasa inadvertido ante sus ojos. Don Rafael se hallaba en el primer caso; y por enamorada que se hubiese mostrado Gertrudis, no se decía que ya no lo amaba; sino que jamás lo había amado. Él, que casi había sacrificado su amor á su orgullo, no pensaba que el orgullo de la mujer tiene también sus días de revuelta contra su corazón.

De allí nacía el profundo desaliento que se había apoderado de él y que había extinguido sus esperanzas reanimadas por un instante.

Cansado de revolverse sin dormir, en la dura cama del soldado en campaña, había hecho ensillar su caballo para ir á buscar en el paseo, alguna distracción á su negra melancolía.

El aspecto de la llanura asolada en que toda esperanza de cosecha se hallaba perdida para el porvenir, le recordó sus dulces ilusiones destruidas al nacer, como el botón de una flor al que se arranca de su tallo antes de florecer. Sin notarlo, se había alejado más de una legua del campo, cuando oyó, en medio del profundo silencio que reinaba á su alrededor, el ruido, vago en un principio, más distinto después, de una columna en marcha.

Aquella realidad le arrancó del país de las quimeras á la aventurera vida de las guerras civiles; y dando tregua de repente á las ideas que le absorbían, escuchó con atención.

Después de cerca de dos años que hacía que el coronel se hallaba en campaña, sabía darse exacta cuenta de todos los ruidos que indican ó que acompañan á una tropa armada cuando va en marcha. Los pasos cadenciosos, el lejano rodar de la artillería y de las cajas de guerra, se hicieron tan distintos para él, como si hubiera visto á la misma tropa.

Era, sin duda, alguna división que avanzaba en auxilio de los sitiados: los fusilazos de alerta de la noche precedente, el centinela degollado, los hurras matinales de los sitiados no dejaban incertidumbre alguna á este respecto: habían sabido la próxima llegada del cuerpo de ejército cuya marcha se oía.

Seguro del hecho, y no queriendo perder ni un minuto en escuchar por más tiempo, don Rafael puso su caballo al galope y regresó al campo de Caldelas en donde dió la alarma.

Pasado el primer instante de confusión, los realistas esperaron el ataque preparándose á él con la sangre fría

de la disciplina. Todo el mundo estaba en su puesto.

El sol lanzaba sus primeros rayos. Bien pronto los centinelas avanzados, de una y otra parte, se replegaron á sus campos respectivos. Entonces, en dirección de la ciudad, se oyó resonar el salmo *Venite exsultemus Domino*; los gritos de *¡Viva Morelos!* estallaron en la dirección opuesta; luego, la voz del mariscal, en un instante en que el canto religioso descendía lentamente y en que los vivas suspendieron, arrojó el grito de guerra tan conocido: *¡Aquí está Galeana!* y doble fusilería entabló formidable diálogo en los dos flancos del campo realista.

Trujano y Morelos se correspondían, uno sobre el frente y el otro sobre la retaguardia del ejército español: los sitiadores se encontraban sitiados á su vez.

Mientras tanto Morelos después de dar sus órdenes á Galeana, encargado de dirigir el ataque, se apostó sobre una altura cercana y anteojo en mano, examinó el teatro del combate.

Después de combinar fríamente su plan de ataque, Trujano se lanzó con la impetuosidad natural en él, contra el campo de Régules, en tanto que el mariscal hacía lo mismo contra el de Caldelas.

La fusilería cesó de una y otra parte: sitiadores y sitiados habían llegado á las manos con arma blanca.

Aunque inferiores en número á sus enemigos, los soldados de Trujano atacaron tan violentamente á los de Régules que éstos no pudieron sostener en buen orden el primer choque, haciéndose la confusión entre ellos.

Sin embargo, se sostenían todavía retrocediendo; y como el campo en que Caldelas combatía estaba mejor aún, Trujano quedó en peligro con su puñado de hombres.

Bonavía y Caldelas mientras tanto, reunían sus esfuerzos para resistir al ataque de Galeana que, no obstante su impetuoso valor, no podía avanzar para unirse á Trujano ó tomar por el flanco al campo español, prote-

gido por ambos extremos por terreno elevado, impracticable para la caballería.

Hay ciertos hombres cerca de los cuales es imposible no sentirse valiente; ó por lo menos, no aparentar bravura cuando es preciso combatir á su lado. Trujano era del número de aquellos cuyo temerario valor es contagioso; y cerca de él, el capitán Lantejas sostenía su reputación de bravura.

El combate se prolongaba ya largo tiempo, sin que la victoria, disputada con encarnizamiento, se decidiese á favor ó en contra de los Españoles, cuando Trujano, enjugando el sudor que brotaba de su frente:

— Jamás forzaremos esta línea con tan poca gente — dijo. — Póngase al galope, capitán y vaya á decir al general que el éxito de la batalla no depende sino de dos ó tres batallones de refuerzo que necesito. Corra Ud., corra; y mientras tanto, trataré de sostener el valor y sobre todo la fuerza de mi valiente guarnición.

Don Cornelio tenía que dar una vuelta á lo largo de los terrenos elevados que protegían el campo para llegar hasta el general en jefe y cumplir su comisión.

El edecán partió al galope, lanza en mano. En el mismo instante y por el lado opuesto, un oficial bajo las órdenes de Régules, iba á cumplir una comisión parecida cerca del general en jefe español. Sólo que éste llegó antes que don Cornelio.

Bonavía se apresuró, á pesar de las observaciones de Caldelas, á enviar al comandante Régules el refuerzo que pedía.

— Ese hombre será la causa de nuestra perdición — dijo Caldelas á don Rafael, quien montado en su magnífico caballo el *Roncador* hacía prodigiosos esfuerzos para llegar hasta el mariscal, cuyo grito de guerra lanzado con frecuencia como un desafío, comenzaba á introducir la turbación en el espíritu de los españoles. — Pero ¡vive Dios! — continuó Caldelas — si nos llega la desgracia por su culpa, ¡le quemaré los sesos y me saltaré los míos después!

Cuando el comandante concluyó de decir estas palabras, un brusco movimiento se operó ante él; y los soldados principiaron á retroceder ante los ataques redoblados de Galeana.

Lo que Caldelas había previsto, estaba á punto de realizarse: para socorrer á Régules, el general español tuvo que debilitar su frente de batalla; el desorden se hizo en las filas; la tropa se vió envuelta y muy pronto se desbandó.

Cegado por su animosidad, Caldelas volvió bridas, y dejando á don Rafael el cuidado de reunir las tropas dispersas, se lanzó al lado de Régules.

Mientras tanto, el edecán de Trujano, ó por decir mejor, el capitán don Cornelio, poco deseoso de hallarse entre los combatientes, había dado la vuelta á un vasto campo de maíz ocupando una planicie más elevada que el resto del terreno. De cuando en cuando trataba de reconocer el camino por donde iba; pero las cañas de maíz que lo ocultaban, le impedían ver si todavía estaba lejos del cuerpo de tropas de Galeana.

Cuando le pareció que se hallaba en línea paralela con el mariscal, don Cornelio no vaciló en arrojarle al galope en un sendero que cortaba la planicie.

Aquel sendero se hallaba cerrado, del lado de los combatientes por la maleza y algunos arbustos que tapaban la vista.

Una vez pasada esta barrera, don Cornelio sintióse presa de horroroso espanto al encontrarse en medio de las tropas españolas que formaban un semicírculo de espadas, de fusiles y de lanzas.

En el momento en que, asustado con razón de su exceso de audacia involuntaria, iba el capitán Lantejas á lanzarse, volviendo grupas hacia el camino de donde había salido, un jinete español de continente furioso y que blandía una pistola en la mano y profería terribles juramentos, se halló frente á frente de él.

Los ojos de aquel hombre lanzaban relámpagos de rabia paseándose nerviosamente entre los combatientes;

y por más que no pareciera haber notado la presencia de don Cornelio, no dudó éste que el terrible oficial lo buscaba expresamente para matarlo; ó que por lo menos, no quisiera cortarle la retirada hacia el camino hondo en donde tanto habría querido hallarse en seguridad.

Sin embargo el oficial ni siquiera pensaba en aquello; pero don Cornelio, con la energía de la desesperación, le asestó una lanzada tan vigorosa que lo tendió sin vida á los pies del caballo.

Un grito de dolor resonó en los oídos de Lantejas que se lanzó hacia el camino ya libre, prometiéndose, para no incurrir de nuevo en la misma equivocación, dar la vuelta á toda la planicie, aunque tuviese que alejarse gran distancia del campo de batalla.

De repente una voz formidable resonó detrás del ex-estudiante y los roncros relinchos de un caballo que le parecieron los rugidos de un jaguar, le helaron de terror.

Para huir más fácilmente, don Cornelio arrojó la lanza; pero los extraños ronquidos del caballo que golpeaba el suelo con sus cuatro patas en su carrera vertiginosa se aproximaban con espantosa rapidez.

— ¡ Es la bestia del Apocalipsis, seguramente! se decía Lantejas trastornado.

Y el capitán huía con más velocidad.

Rodeado de algunos oficiales que iban y venían á su alrededor, Morelos con su anteojo en la mano, examinaba con profunda atención todos los incidentes de la batalla que se verificaba en la llanura.

Había visto al capitán Lantejas rodear á caballo el campo cubierto de maíz.

— ¡ Eh! — dijo á uno de sus oficiales — si no me equivoco, aquél es el mismo capitán Lantejas que galopa allá lejos... ¿ Qué va á hacer? Alguno de esos golpes decisivos, imprevistos en que él sobresale, como en el sitio de Cuautla, en donde me salvó, lanzando su caballo entre el gigante español que iba á hundirme el cráneo con su espada, y yo, y recibiendo él el golpe. Por for-

tuna, el arma se desvió, dando contra los arzones y golpeando al capitán con la hoja.

— Señor general, no faltan mal intencionados que sospechan que... que...

El oficial se detuvo sin atreverse á concluir.

— ¿Qué sospechan?

— Que su caballo lo llevó, Excelencia.

— ¡Qué odiosas murmuraciones! — respondió Morelos con tono severo. La envidia es la consagración del mérito.

En aquel instante, don Cornelio arrojado al camino hondo, acababa de desaparecer de la vista de Morelos, cuando distinguió al oficial español que con su furor iba á aterrorizar tanto al capitán Lantejas.

— ¡Ah! — exclamó de repente al reconocer al oficial. — ¿No es ése el bravo Caldelas que parece presa de vértigo?

Era Caldelas, en efecto, que buscaba á Régules para cumplir la amenaza que había proferido contra él.

— ¡Ah! ¿qué decía yo de don Cornelio? — exclamó con júbilo Morelos. — ¡Oh! ¡qué hermoso lanzazo acaba de echar por tierra al más terrible de nuestros enemigos! ¡La victoria es nuestra! ¡Ved! ¡Los españoles se desbandan; retroceden porque el más valiente de sus jefes acaba de ser muerto! Y bien, señor — agregó el general — aquí está lo que va á cerrar la boca á los detractores de don Cornelio. ¿A quién deberemos esta victoria sino es á él? ¡Pues bien! Ud. le verá venir con su habitual modestia á decirnos que no ha hecho más que cumplir con su deber. ¡Vive Cristo! que si viene para recibir elogios no recibirá sino una reprimenda; ¡don Cornelio es demasiado temerario!

— ¡Felices aquellos á quienes reprende así Vuestra Señoría! — dijo el oficial.

— ¡Vamos, es asunto concluído! — prosiguió el general mexicano: el sitio queda levantado, el enemigo está en completa derrota. ¡A Yanguitlán! En seguida, saldremos de allí á tomar nuestros cuarteles de invierno á Oaxaca.

Morelos montó á caballo, le picó con las espuelas y los oficiales lo siguieron.

Sin embargo, no había terminado todo aún; y Galeana se encarnizaba con algunos restos del ejército español que resistían siempre.

Dueño del campo de batalla en el lado en que había combatido, Trujano trataba inútilmente de averiguar qué había sido del oficial que expidió para pedir refuerzos y Costal se inquietaba también de no ver regresar á don Cornelio.

La situación del capitán era entonces de lo más crítica á juzgar por el encarnizamiento del caballero que lo perseguía: jamás se había visto expuesto á tan grave peligro como el que corría en aquel momento.

Cuando iba á salir del camino, sintió tras él el hálito ardiente del caballero lanzado en su persecución; y la cabeza del caballo, cuyos resoplidos le parecían á la vez tan extraños y tan espantosos, se puso casi al nivel de la cabeza del suyo é inmediatamente, una mano lo agarró del cuello.

Arrancado al mismo tiempo de su silla, sintióse arrasado boca arriba y puesto así á través de la silla de su adversario.

Don Cornelio vió alzarse para herirle un brazo armado de agudo puñal, reverberante como la flamígera espada de un arcángel. Cerró los ojos creyendo llegada su última hora, cuando de repente el brazo se detuvo y el capitán oyó una voz que exclamaba:

— ¡Toma, es don Cornelio Lantejas!

El capitán abrió los ojos y reconoció á su vez al robusto oficial en cuya compañía caminara hacia la hacienda de Las Palmas, don Rafael Tres Villas.

A pesar del profundo resentimiento del coronel contra quien había matado á su antiguo compañero de armas, Caldelas, había algo tan extraordinariamente cómico en la expresión del rostro de Lantejas, tanta inocencia en sus facciones que sintió desvanecerse su furor como por encanto.

Luego, un pensamiento, rápido como el relámpago, recordó á don Rafael aquel día, terrible y delicioso á la vez en que, separándose del estudiante de Teología, iba á ver á Gertrudis después de larguísima ausencia y á recibir la confesión de un amor ¡ay! demasiado pronto olvidado.

Todas aquellas causas reunidas, el recuerdo de la hija de don Mariano sobre todo, sirvieron de égida á don Cornelio.

Una amarga sonrisa se dibujó en los labios de don Rafael al pensar en que, si aquel raquítico y pálido oficial acababa de dar la muerte al valiente Caldelas cuya mirada quizás no habría podido sostener, era porque la hora del español había llegado.

— Dé Ud. gracias al cielo — le dijo — que le hace caer entre las manos de un hombre á quien antiguos recuerdos le impiden vengar en Ud. la muerte del valiente Caldelas, el más valiente de los jefes españoles!

— ¡Ah! ¡ el bravo Caldelas ha muerto! — exclamó Lantejas. — ¿Es posible? Pero debe ser verdad cuando Ud. lo dice. En todo caso, le perdono — añadió en la turbación de sus sentidos — y á Ud. también.

— ¡Eso es generoso! — replicó don Rafael.

— Aunque Ud. no lo crea, — respondió Lantejas un poco repuesto de su terror con las palabras del enemigo que le perdonaba su hazaña — porque ese oficial y Ud. me han dado un miedo horrible. Pero, señor don Rafael, estoy en una posición muy incómoda para conversar...

— Ud. me perdonará aún que lo deje sano y salvo sobre sus pies, — replicó el coronel — hágase como Ud. lo quiere.

Y diciendo estas palabras, don Rafael dejó resbalar suavemente á don Cornelio hasta el suelo.

— Adiós, capitán — dijo el coronel — lo pongo en libertad con el sentimiento de no haber tenido tiempo de saber cómo fué que el muy pacífico estudiante que parecía haber bebido el horror de la insurrección en la pastoral de Monseñor de Oaxaca, esté hoy transformado en capitán insurgente.

— Yo también tendría mucho gusto de saber por qué vicisitudes el capitán de los dragones de la reina que me parecía que no veía con buenos ojos la pastoral contra la insurrección, es ahora uno de los enemigos que mayores males le han causado. Si Ud. quisiera sentarse aquí, como los paladines que interrumpían su duelo á muerte para conversar en los caminos, sería para mí más agradable que volver al combate.

Una nube sombría se extendió por las facciones de don Rafael al oír la alusión que Lantejas hiciera á su cambio de opiniones. Aquellos dos oficiales presentaban un ejemplo notable de la impotencia humana para torcer el curso de la vida y preservarse de ser el juguete de los acontecimientos. Ambos, en efecto, á despecho de su voluntad, servían á la causa que no habían escogido.

Los gritos de triunfo que se levantaban por todos lados del campo de batalla, pero sin que ni uno ni otro pudiese adivinar á qué partido pertenecía la victoria, llegaron á interrumpir su conversación.

— ¡Ah señor don Rafael! — exclamó el ex-estudiante — ¡si somos vencidos, yo soy su prisionero!

— ¡Si Ud. es el vencedor, yo no lo soy suyo! replicó el coronel con una especie de desdén que no pudo ocultar.

Recogía las riendas de su caballo al decir estas palabras, cuando aparecieron de repente en las dos extremidades del camino, grupos de soldados insurgentes, y Costal que exclamaba en voz alta:

— ¡Señor coronel! don Cornelio está allí... lleno de vida...

En aquel instante don Rafael se halló rodeado de enemigos.

La posición del vencedor de don Cornelio se hacía tan crítica como lo fuera la del capitán un minuto antes. Las pistolas de don Rafael estaban descargadas; en el calor de la acción había arrojado un resto de su espada que se había hecho pedazos en sus manos; y la única arma de que podía disponer, era el puñal levantado un instante sobre Lantejas.

En aquellas guerras de exterminio se hacía el menor número posible de prisioneros; y no era raro que, en represalia de las crueldades de los españoles, los prisioneros realistas fueran suprimidos después de rendirse.

Don Rafael se disponía á vender cara su vida antes que caer en manos de enemigos implacables, cuando una voz cuya entonación no le era desconocida, gritó al capitán don Cornelio:

— ¡Acuda luego capitán! ¡el general quiere cumplimentarle por la victoria que le acaba Ud. de dar!

Don Rafael reconoció al instante al caballero que avanzaba al galope pronunciando estas palabras y no debemos nosotros callar que, por valiente que fuera, experimentó cierta alegría al ver que el enemigo que tenía ante él era el coronel Trujano, el viejo muletero.

Trujano por su parte, se juntó también rápidamente al oficial realista.

Demasiado orgulloso, sin embargo, para ser el primero en invocar antiguas relaciones con uno de los enemigos vencedores que le rodeaban, con el hombre á quien había salvado la vida en cambio del inmenso servicio que de él recibiera, don Rafael lanzó tan impetuosamente su caballo en dirección del de Trujano, que indudablemente lo hubiera derribado si una mano no lo hubiera detenido por la brida con violencia. Aquella fué la mano de don Cornelio.

Con riesgo de ser despedazado por las patas de los dos caballos que parecían querer precipitarse el uno sobre el otro, don Cornelio sumamente emocionado por la generosidad que con él usara el coronel, se lanzó como mediador entre Trujano y su adversario.

— ¡Señor Trujano! — exclamó el capitán — no sé yo qué es lo que Ud. me quiere decir al hablarme de una victoria que me debe el general; pero si tengo derecho á alguna recompensa, no quiero otra que la vida y la libertad de don Rafael Tres Villas.

— ¡Yo no imploro gracia de nadie! — interrumpió el coronel con orgullo.

— ¿Me hará Ud. al menos la de tenderme su mano? — replicó Trujano presentando cordialmente la suya al coronel.

— Jamás á un vencedor — respondió el coronel conmovido sin embargo á pesar suyo por las palabras de su enemigo.

— Aquí no hay ni vencedor ni vencido — dijo el coronel Trujano con aquella mirada y aquella sonrisa que le enajenaban todos los corazones, cuando la austeridad religiosa no borraba la expresión de leal dulzura. — No hay más que un hombre que se acuerda.

— ¡Y otro hombre que no ha olvidado! — exclamó calurosamente don Rafael estrechando la mano tendida ante sí.

En seguida aproximaron sus caballos y cambiaron un cordial abrazo. Trujano aprovechó la ocasión para decir muy quedo á su enemigo, en el oído, con una delicadeza que conmovió más hondamente aún al coronel, cuyo orgullo respetaba:

— Parta, está Ud. libre; pero no haga Ud. cortar el pelo de las mujeres, por más que haya una cuyo corazón se estremeció de orgullo al adivinar por qué el vencedor de Aguas Calientes le enviaba ese terrible y lejano recuerdo.

Y añadió, al desprenderse de los brazos repentinamente convulsivos de don Rafael:

— Vaya Ud. á constituirse prisionero en la hacienda de Las Palmas, señor coronel; el camino le está abierto. Vaya Ud. allá; créame.

Entonces, cual si hubiese estado ocupado largo tiempo en ideas mundanas, el rostro de Trujano recobró su habitual expresión de ascética gravedad; y cuando los ojos de don Rafael le interrogaron acerca del verdadero sentido de sus últimas palabras, el coronel insurgente exclamó:

— Dejen pasar al coronel Tres Villas, señores; y que todo el mundo olvide lo que acaba de suceder.

Saludó gravemente con su espada á don Rafael que,

aún emocionado, apenas pudo dirigirle una mirada de reconocimiento. El coronel estrechó la mano de don Cornelio, é inclinándose friamente ante los demás, se lanzó al galope fuera del camino sin saber adónde iba.

Sin embargo, cuando se halló solo, refrenó el paso de su caballo. Las últimas palabras de Trujano: « Vaya Ud. allá; créame » ¿eran una señal de la benévola acogida que le esperaba en Las Palmas? ¿Debía detenerse allá antes de reunirse con el teniente Veraegui en la hacienda del Valle, para emprender su última campaña contra Arroyo?

Aún esta vez entraba el amor en lucha con el deber. Don Rafael no habría vacilado tanto en irse á la hacienda del Valle, si una hada bienhechora le hubiera hecho saber que á aquella misma hora y á treinta leguas de él, se verificaba un incidente bastante para conciliar por la primera vez su deber con su amor.

Un mensajero, el mismo que algunos días antes había llevado el caballo de don Rafael á la hacienda del Valle, se presentó nuevamente allí, pero esta vez con un mensaje puramente personal para don Rafael Tres Villas. El teniente Veraegui, catalán muy poco ceremonioso, recibió al mensajero.

— ¿De dónde viene Ud.? — le preguntó.

— De Oaxaca.

— ¿Quién lo envía?

— Don Mariano Silva.

— ¿Para qué necesita Ud. al coronel?

— Sólo al mismo coronel se lo debo decir.

— Entonces, búsquelo Ud. en Huajapam; á menos que no quiera Ud. esperar aquí su regreso durante algunos días — dijo el catalán.

— Prefiero ir á buscarlo para que no se retrase el mensaje que llevo.

Así pues, el mensajero se puso en marcha para Huajapam cuando don Rafael se alejaba de allí, inseguro, como acaba de verse, de la dirección que debía tomar.

Durante ese tiempo de vacilación, Trujano, de regreso

al campo de batalla sembrado de muertos y de despojos, hizo arrodillar á sus hombres para dar públicamente gracias al Dios de los ejércitos que acababa de librarlos de los peligros de un sitio tan largo y tan penoso.

Por su parte, Morelos hizo igualmente prosternarse á sus tropas; y no se hallaba don Rafael tan alejado que no le llegara la voz de los insurgentes que por todas partes entonaban cánticos piadosos.

A aquellos cánticos lejanos que tristemente resonaban en sus oídos, don Rafael sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas amargas. Recordando de repente las causas que le obligaran á variar su línea de conducta, pensó que si no hubiera seguido sino sus generosos instintos y no hubiera sido atraído por un terrible deber, su voz habría sido de las primeras en mezclarse á las de quienes daban gracias á Dios por el triunfo de la causa de que se había hecho enemigo irreconciliable.

Don Rafael rechazó inmediatamente esas ideas; y resolvió ir á la hacienda del Valle para retemplar allí su alma sobre la tumba de su padre.

— ¡Proteja Dios á quien cumple su deber! — se dijo, en tanto que ponía al galope su caballo para no oír aquellos cantos que martirizaban su corazón por los dolorosos recuerdos que le despertaban.